

Pasó acaso una vez por delante donde él estaba, un juez de comisión, que iba de camino a una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles. Preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo:

—Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletas en la cinta y rayos en las manos, para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo de haber tenido un amigo que en una comisión criminal que tuvo dio una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates a la culpa de los delincuentes. Preguntéle por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondióme que pensaba otorgar la apelación, y que con esto dejaba campo abierto a los señores del consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de debajo, pues con esto, le tuvieran a él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente que, como se ha dicho, siempre le estaba oyendo estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

—Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.

A lo cual dijo el amigo:

—Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondióle Vidriera:

—Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzáis de profundas.

Estando una vez arrimado a la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole:

—Sin duda, señor maese, que estáis en camino de salvación.

—¿En qué lo veis? —Preguntó el sastre.

—¿En qué lo veo? —respondió Vidriera—. Véolo en que pues no tenéis qué hacer, no tendréis ocasión de mentir.

Y añadió:

—Désdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas. Cosa maravillosa es, que casi en todos los de este oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.

De los zapateros decía que jamás hacían, conforme a su parecer, zapato malo porque si al que se le calzaba venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndoles dos horas, vendrían más anchos que alpargates; y si le venían anchos decían que así habían de venir por amor de la gota.

Un muchacho agudo, que escribía en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y a todo respondía. Éste le dijo una vez:

—Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado a ahorcar.

A lo cual respondió:

—Él hizo bien a darse prisa a morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la Acera de San Francisco estaba un corro de genoveses, y, pasando por allí, uno de ellos le llamó diciéndole:

—Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

El respondió:

—No quiero, porque no me lo paséis a Génova.

Topó una vez a una tendera que llevaba delante de sí una hija suya, muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole a la madre:

—Muy bien habéis hecho en empedrarla, porque se pueda pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaba a la dobladilla, sin que les llevasen la pena, porque había hecho el pastel de a dos, de a cuatro; el de a cuatro, de a ocho, y el de a ocho, de medio real, por sólo su albedrío y beneplácito. De los titereros decía mil males: decía que era gente vagabunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retablos volvían la devoción en risa, y que les acontecía envasar en su costal todas o las más figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él y comer y beber en los bodegones y tabernas. En resolución, decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpetuo silencio en sus retablos, los desterraba del reino.

Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe. Y, en viéndole, dijo:

—Yo me acuerdo haber visto a éste salir al teatro, enharinado el rostro y vestido un zamarro del revés, y, con todo esto, a cada paso, fuera del tablado, jura a fe de hijo de puta.

—Débelo de ser -respondió uno-, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos e hijosdalgos.

—Así será verdad -replicó Vidriera-; pero lo que me ha menester la farsa es personas bien nacidas. Galanes si gentileshombres y de expeditas lenguas. También sé decir

ellos que en sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar y de mesón en venta, desvelándose en contentar a otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momentos sacan su mercadería a pública plaza, al juicio y a la vista de todos. El trabajo de los autores es increíble, y su cuidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados que les sea forzoso hacer pleito de acreedores. Y con todo esto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como lo son las cosas que honestamente recrean. Decía que había sido opinión de un amigo suyo que el que servía a una comedianta, en sólo una servía a muchas damas juntas; como era, a una reina, a una ninfa, a una diosa, a una fregona, a una pastora, y muchas veces caía la suerte en que sirviese en ella a un paje y a un lacayo, que todas éstas y más figuras suele hacer una farsanta.

Preguntóle uno que cuál había sido el más dichoso del mundo. Respondió que *nemo*. Porque *nemo novit patrem; nemo sine crimine vivit; nemo sua sorte contentus; nemo ascendit in coelum*.

De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia o arte que cuando la habían menester no la sabían, y que tocaban algo en presuntuosos, pues querían reducir a demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios. Con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad. Y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenía muy teñidas:

—Por istas barbas que teño no rostro.

A lo cual acudió Vidriera, y dijo:

—Olhay, homen, naon digáis teño, sino tiño.

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchos colores, como la pa de la mala tinta, a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo. A otro que traía las barbas por mitades blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado a que le dijese que mentía por la mitad de la barba. Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir a la voluntad de sus padres, dio << sí >> de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fue, no al río Jordán, como dicen las viejas, sino a la redomilla del aguafuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve y levantó de pez. Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo a sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado, que no quería otro. Ellos le dijeron que aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trajo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenía, no era él, y se llamaba engaño. Atúvose a esto, corrióse el teñido y deshízose el ensamamiento.

Con las dueñas tenía la misma ojeriza que con los escarabajos chados. Decía maravillas de su <<permafóy>>, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria. Amohinábanle sus flaquezas de escarabajo, sus vaguidos de cabeza, su modo de hablar con más repeticiones que sus tocas, y finalmente, su inutilidad y sus vainillas.

Uno le dijo:

—¿Qué es esto, señor licenciado, que os he oído decir mal de muchos oficios, y jamás lo habéis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir?

A lo cual respondió:

—Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir a la corriente del vulgo, las más veces engañado. Paréceme a mí que la gramática de los murmuradores, y el la, la, la,

los que cantan, son los escribanos, porque así como no se puede pasar a otras ciencias si no es por la puerta de la gramática, y como el músico primero murmura que canta, así los maldicientes por donde comienzan a demostrar la malignidad de sus lenguas es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el de escribano sin el cual andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados, corrida y maltratada. Así dice el *Eclesiástico*: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribae imponent honorem*. Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos. Legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos. Juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria; que ni amistad ni enemistad, provecho o daño les moverá a no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes quiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha como si fuesen cepas de su majuelo? No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea. Porque finalmente digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, también hacían demasiados tuertos, y que de estos dos extremos, podía resultar un medio que les hiciese mirar por el virote.

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio, o prenderte, o sacarte la hacienda de casa, o tenerte en la suya en guarda, y comer a tu costa. Tachaba la negligencia e ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos a los médicos, los cuales, que sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina; y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan o no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra.

Respondió que la temprana y agradecida.

Replicó el otro:

—No pregunto eso, sino que cuál es mejor lugar, Valladolid o Madrid.

Y respondió:

—De Madrid, los extremos; de Valladolid los medios.

—No lo entiendo -repitió el que se lo preguntaba.

Y dijo:

—De Madrid, cielo y suelo; de Valladolid, los entresue-
los.

Oyó Vidriera que dijo un hombre a otro, que así como ha-
bía entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma,
porque la había probado la tierra.

A lo cual dijo Vidriera:

—Mejor fuera que se la hubiere comido, si acaso es cel-
sa.

De los músicos y de los correos de a pie decía que te-
nían las esperanzas y las suertes limitadas: porque los unos
la acaban con llegar a serlo de a caballo, y los otros con
canzar a ser músicos del rey. De las damas que llaman corte-
sanas, decía que todas, o las más, tenían más de cortesés que
de sanos.

Estando un día en una iglesia vio que traían a enterrar
a un viejo, a bautizar a un niño y a velar a una mujer, todo
a un mismo tiempo. Y dijo que los templos eran campos de ba-
talla, donde los viejos acaban, los niños vencen y las muje-
res triunfan.

Picábale una vez una avispa en el cuello, y no se la
osaba sacudir por no quebrarse; pero, con todo eso, se que-
ba. Preguntóle uno que cómo sentía aquella avispa si era si-
cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debía de
ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmurado-

res eran bastantes a desmoronar cuerpos de bronce, no que de
vidrio.

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él esta-
ba, dijo uno de sus oyentes:

—De hético no se puede mover el padre.

Enojóse Vidriera, y dijo:

—Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Noli
te tangere christos meos.*

Y subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello, y
verían que de muchos santos, que de pocos años a esta parte
había canonizado la Iglesia y puesto en el número de biena-
venturados, ninguno se llamaba capitán don Fulano, ni el se-
cretario don Tal de don Tales, ni el conde, marqués o duque
de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo,
todos frailes y religiosos; porque las religiones son los
aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en
la mesa de Dios.

Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las
plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las
otras aves que a ellas se juntan. De los gariteros y tahúres
decía milagros; decía que los gariteros eran públicos prevari-
cadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo
suertes, deseaban que perdiese y pagase el naípe adelante,
porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos.
Alababa mucho la paciencia de un tahúr, que estaba toda una
noche jugando y perdiendo, y con ser de condición colérico y
endemoniado, a truco de que su contrario no se alzase, no
descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás. Ala-
baba también las conciencias de algunos honrados gariteros,
que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase
otros juegos que polla y cientos; y con esto, a fuego lento,
sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más ba-
rato, que los que consentían los juegos de estocada, de repá-
ralo, siete y llevar, y pinta en la del punto.

En resolución, él decía tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban o a él se le arrimaban, por el hábito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los patios, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo.

Dos años o poco más duró esta enfermedad, porque un religioso de la orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera movido de caridad, le curó y sanó, y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso. Y así como le vio sanar le vistió como a letrado y le hizo volver a la Corte, adonde con dar tantas muestras de cuerdo como las había dado de loco podría usar su oficio, y hacerse famoso por él. Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja, volvió a la Corte, donde apenas hubo entrado cuando fue conocido de los muchachos. Mas cuando le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decían unos a otros:

—¿Este no es el loco Vidriera? ¡A fe que es él! ¡Ya viene cuerdo! Pero también puede ser loco bien vestido como mal vestido. Preguntémosle algo, y salgamos de esta confusión.

Todo esto oía el licenciado, y callaba, e iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio. Pasó el conocimiento de los muchachos a los hombres, y antes que el licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de doscientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que el de un catedrático, llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban.

El, viéndose con tanta turba a la redonda, alzó la voz y dijo:

—Señores, yo soy el licenciado Vidriera; pero no el que solía. Soy ahora el licenciado Rueda. Sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permisión del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me lo han vuelto. Por las cosas que dicen que dije cuando loco, podéis considerar las que diré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias, de donde se puede inferir que más la virtud que el favor, me dio el grado que tengo. Aquí he venido a este gran mar de la Corte para abogar y ganar la vida; pero si no me dejáis, habré venido a bogar y granjear la muerte. Por amor de Dios, que no hagáis que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondía bien, según dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos y dejáronle algunos. Volvióse a su posada con poco menos acompañamiento que había llevado. Salió otro día, y fue lo mismo; hizo otro sermón, y no sirvió de nada. Perdía mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó dejar la Corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio.

Y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la Corte.

—¡Oh Corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos! ¡Sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados, y matas de hambre a los discretos vergonzosos!

Esto dijo, y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo, el capitán Valdivia, dejando fama, en su muerte, de prudente y valentísimo soldado.